

dores y de los vencidos, con las víctimas de su política, esto es, con los vencidos del 10 de Agosto, con los amigos de Lafayette y de Dumouriez, con los servidores del trono, con los moderadores de la revolución, con los nobles, con los sacerdotes, con los magistrados, con Barnave, con Bailly y con Malesherbes. La neutralidad de los calabozos había hecho que todos aquellos hombres, tan distantes en ideas, se reuniesen para hablar, jugar ó matar el tiempo del mejor modo posible. ¡Lección provechosa de todas las revueltas civiles! Ellos se vieron y se hablaron unos á otros, no sin extrañeza, pero sí sin recriminaciones ni rencores. La misma adversidad común hacía que todos se disculpasen mutuamente respecto al partido que cada uno había abrazado.

Todos los girondinos, inflexibles en su republicanismo, conservaban la actitud revolucionaria de su primera naturaleza, no afectando arrepentimiento en sus opiniones ni humillación por su caída. Se confundían con la Convención en todos sus actos de energía patriótica y de severidad contra los realistas, separándose de ella en lo que ellos llamaban su esclavitud y sus crímenes. En la prisión formaban una sociedad aparte y un grupo distinto, que no era un rompimiento, pero sí un cisma en la república. Sus nombres, su celebridad, su juventud y su elocuencia inspiraban curiosidad á sus enemigos, respeto á los presos y atenciones aún á sus carceleros. Algo de su carácter de representantes del pueblo, de su prestigio y de su poder les había seguido hasta los calabozos. Aunque cautivos, reinaban todavía por la memoria ó por la admiración que les rodeaba.

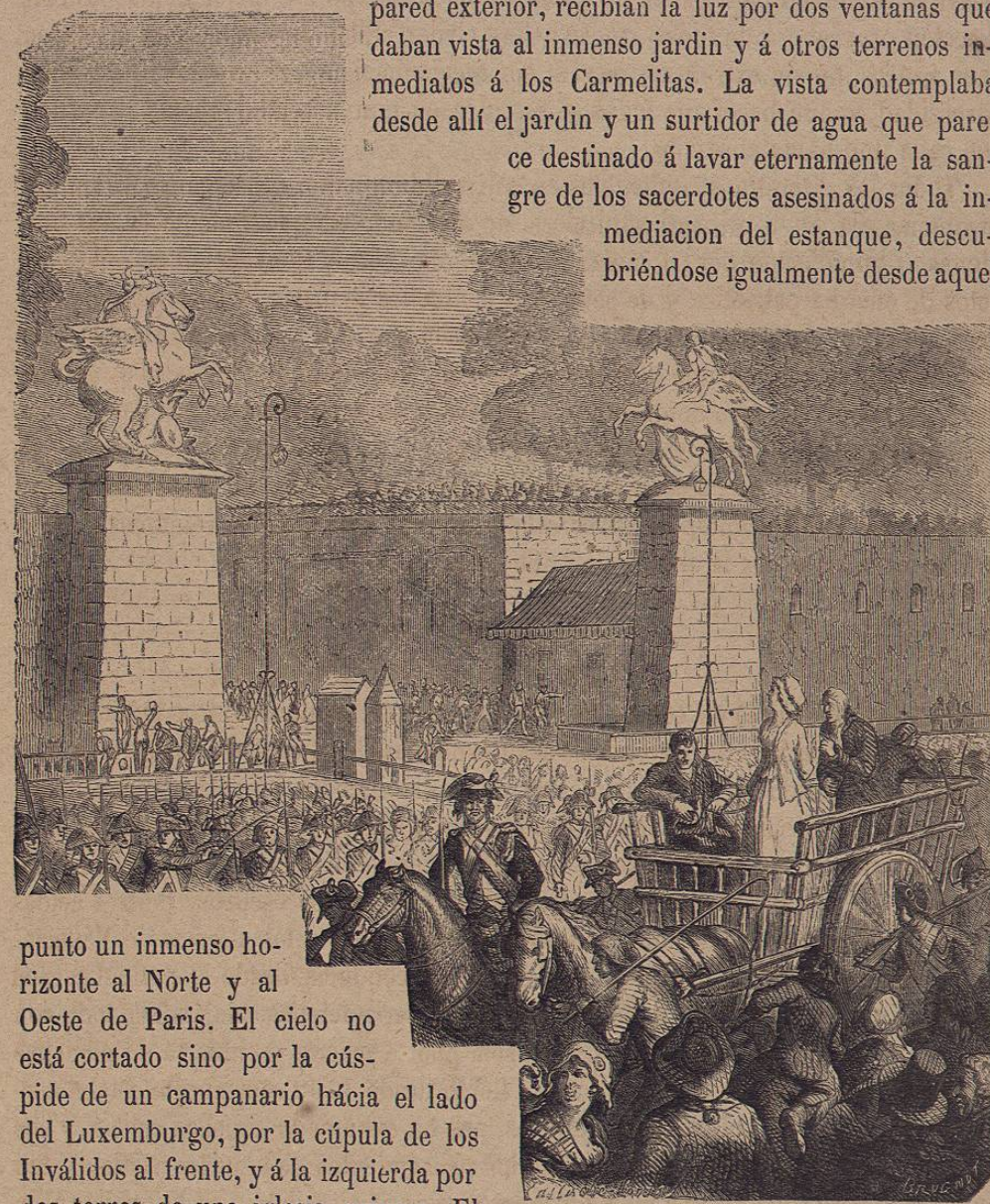
## VI

Cuando se decidió su causa, se estrechó más este cautiverio. Por algunos días se les encerró en la inmensa casa de los Carmelitas de la calle de Vaugirard, monasterio convertido en cárcel, siniestro por los recuerdos y por las manchas de sangre de los asesinatos de Setiembre. Los pisos inferiores de esta cárcel, ya atestados de presos, no les dejaban á los girondinos sino un reducido espacio bajo el tejado del antiguo convento, compuesto de un corredor oscuro y de tres celdas bajas que se comunicaban unas con otras, y semejantes á los *plomos* de Venecia. Una escalera oculta en una esquina del edificio conducía desde el patio hasta el tejado. En esta escalera se habían hecho varias separaciones, atajándola toda con puertas para hacer más calabozos. Una sola puerta maciza y cubierta de planchas de hierro daba entrada á estos cuartos. Como desde 1793 esta puerta estaba cerrada, y como se ha abierto para nosotros, nos ha exhumado aquellas celdas, y nos ha representado la imagen y recordado los pensamientos de aquellas víctimas, tan intactos como el día en que ellos los dejaron para ir al cadalso. Ni la huella, ni la mano, ni las injurias del tiempo, han borrado allí sus vestigios. Los letreros escritos por los demás proscritos se encuentran confundidos con los de los girondinos. Los nombres de los amigos y de los enemigos, los de los verdugos y los de las víctimas, están reunidos en un mismo lienzo de pared.

## VII

Encima del dintel de la puerta se lee desde luego en letras de molde la inscripción de todos los monumentos públicos de aquel tiempo: *La libertad, la igual-*

*dad ó la muerte.* Se entra en seguida en una celda bastante grande que servía de sala común, y en la cual los presos se reunían á hablar y á comer. A la izquierda hay una pequeña buhardilla oscura en la que dormían los más jóvenes. A la derecha había una puerta que daba á un cuarto piso, más grande que el primero y que servía de dormitorio común. Estos dos cuartos, abuhardillados por el lado de la pared exterior, recibían la luz por dos ventanas que daban vista al inmenso jardín y á otros terrenos inmediatos á los Carmelitas. La vista contemplaba desde allí el jardín y un surtidor de agua que parece destinado á lavar eternamente la sangre de los sacerdotes asesinados á la intermediación del estanque, descubriéndose igualmente desde aquel



La reina conducida al cadalso.—Pág. 132.

punto un inmenso horizonte al Norte y al Oeste de París. El cielo no está cortado sino por la cúspide de un campanario hácia el lado del Luxemburgo, por la cúpula de los Inválidos al frente, y á la izquierda por dos torres de una iglesia ruinosa. El día, la luz, el silencio, la serenidad de este horizonte, entraban á torrentes en aquellos elevados cuartos y ofrecían á los presos la imagen del campo, las ilusiones de la libertad y la calma de la meditación. Las paredes y el techo de estos cuartos, blanqueados con una argamasa grosera, proporcionaban á los presos, en vez de papel, cuyo uso les estaba prohibido desde que fueron trasladados allí, páginas lapidarias sobre las cuales podían grabar sus últimos pensamientos con las puntas de los cuchillos, ó escribirlos con el pincel. Estos pensamientos, gene-

ralmente expresados en máximas breves y proverbiales ó en versos escritos en la lengua inmortal del Lacio, cubren todavía aquellos muros, en los cuales asistimos á la última conversacion y recibimos la suprema confianza de los girondinos. Casi todos los letreros están escritos con sangre, que conserva aún su color, pareciendo imprimir así en las miradas de los que los leen cierta cosa del mismo hombre que los ha escrito con su sustancia y con su vida. Estas inscripciones son la prueba del martirio de los primeros republicanos, dando testimonio de sus creencias con su propia mano y con su propia sangre. Ninguna expresa sentimiento ni debilidad. Los gemidos de la desgracia no amortiguan la convicción. La mayor parte son un himno á la constancia, un desafío á la muerte ó una llamada á la inmortalidad. Los nombres de algunos de sus perseguidores se encuentran tambien mezclados con los de los girondinos.

Aquí se lee:

«Cuando Caton no pudo salvar la libertad de Roma, siguió viviendo libre y supo morir como hombre.»

Más allá:

«Justum et tenacem propositi virum  
Non civium ardor prava juventium,  
Non vultus instantis tyranni  
Mente quatit solidá.»

Más alto:

«Cui virtus non deest,  
Ille  
Nunquam omnino miser.»

Más bajo:

«La verdadera libertad es la del alma.»

A su lado hay una inscripcion religiosa, en la cual se cree reconocer la mano de Fauchet:

«Acordaos que sois llamados, no para hablar y estar ociosos, sino para sufrir y trabajar.»

(Imitación de Jesucristo.)

En otro lado de la pared, un recuerdo á un nombre amado y que no quiere revelar ni á la muerte:

«Muero por...»

(MONTALEMBERT.)

Sobre una viga:

«Dignum certe Deo spectaculum fortem virum colluctantem cum calamitate.»

Encima:

«¡Qué apoyos tan sublimes tengo en mi suprema desgracia! Tengo en mi favor á mi virtud, á la equidad y al mismo Dios.»

Debajo de esto:

«El día no es más puro que el fondo de mi corazón.»

En el marco de la ventana:

«Cui virtus non deest,  
Ille  
Nunquam omnino miser...»

Rebus in arduis facile est contemnere vitam.  
Dulce et decorum pro patriá mori.  
Non omnis moriar.  
¡Summum credo nefas animam præferre pudori!»

En gruesas letras escritas con sangre por la mano de Vergniaud:

«Potius mori quàm fœdari.»

En fin, una indescifrable multitud de inscripciones, de iniciales, de estrofas y de pensamientos no acabados, manifiestan toda la intrepidez de aquellos hombres estoicos, nutridos en la doctrina de la antigüedad, y que buscan un consuelo, no en la esperanza de la vida, sino en la contemplacion de la muerte. Estas paredes, así como las víctimas que han encerrado, chorrean sangre, pero no lloran.

## VIII

Los girondinos fueron trasladados durante la noche á su última prision, á la Conserjería. La reina aún estaba allí. Así, el mismo techo cubria á la reina y á los hombres que la habian precipitado del solio el 10 de Agosto, á la víctima del trono y á las víctimas de la república. Allí se reunieron con Brissot, que hacia tiempo se hallaba solo en la Abadía, y con otros colegas y amigos suyos que habian traído del Mediodía ó de Bretaña para ser juzgados con ellos.

Se les puso en un departamento separado del resto de los presos; sus calabozos estaban contiguos, y uno solo contenia ocho camas; no se comunicaban con los otros presos sino en los patios, en las largas horas de ociosidad y de pasco. La imposibilidad de evadirse de estas paredes cerradas con triples puertas, barras de hierro, cerrojos y centinelas, habia endulzado el régimen de *incomunicacion* á que estaban condenados algun tiempo hacia. Se les permitió el uso de la tinta y del papel, tenian periódicos, y se comunicaban por los postigos con sus esposas, sus hijos y sus amigos. Allí era únicamente donde se enternecian al dirigirles algunas palabras, al apretarles las manos y al mirarles con los ojos arrasados de lágrimas, consuelo y suplicio de semejantes entrevistas en todas las cárceles. Brissot veía de cuándo-en cuándo á su mujer, que levantaba á su hijo en sus brazos para que besase á su padre. Como la mayor parte eran jóvenes, solteros, sin familia en Paris, y relacionados con mujeres que no llevaban sus apellidos, ni podian confesar su amor ni su dolor, no conseguian sino á fuerza de engaños y de astucias deslizar un billete, ó cambiar un suspiro ó una mirada con los que amaban.

El cuñado de Vergniaud, Mr. Alluau, llegó de Limoges con algun dinero para el preso, porque Vergniaud estaba en una desnudez completa; sus vestidos se caian á pedazos. Mr. Alluau se habia traído consigo á su hijo, niño de diez años, y cuyas facciones recordaron á Vergniaud la imagen de su querida hermana. El niño, viendo á su tío preso como un malhechor, con la cara flaca, el color pálido, el cabello descompuesto, la barba crecida; el vestido sucio y roto cayéndosele á

pedazos, se echó á llorar y fué á refugiarse asustado entre las rodillas de su padre. «Hijo mio,—le dijo el preso tomándole en sus brazos,—tranquilízate y mírame bien: cuando seas hombre, podrás decir que has visto á Vergniaud, el fundador de la república, en su mejor tiempo y con el mejor traje de su vida, traje con el cual sufrió la persecucion de los malvados, y se preparó á morir por los hombres libres.»

El niño se acordó, en efecto, y cincuenta años despues se lo dijo al que escribe estas líneas.

## IX

En las horas de reunion en el patio de la cárcel, los demas presos se agrupaban alrededor de los girondinos para contemplarlos y para oírles. Sus conversaciones versaban sobre los acontecimientos del dia, sobre los peligros de la patria, sobre las dificultades de la libertad y sobre los males de la república. Hablaban como hombres que nada tenían ya que ver con los sucesos, y que contemplaban ensangrentada y deshónrada la obra de sus manos. Su elocuencia, que nada habia perdido de su antiguo patriotismo, parecia adquirir bajo aquellas bóvedas cierta solemnidad que participaba de la profecía y de la impassibilidad celeste. Su voz imparcial parecia salir del sepulcro. Brissot leia á sus colegas las páginas que legaba al porvenir para su justificacion. En ellas se traslucia el pesar de que aquella libertad que habia ido á contemplar á un pueblo nuevo en los bosques de América, en donde las más puras virtudes la naturalizaban, se alimentase con sangre y veneno en un pueblo envejecido y corrompido como el nuestro, en que es necesario crear hasta los hombres para regenerar las instituciones humanas. Gensonné conservaba la acritud del sarcasmo y la sal corrosiva de su palabra, y se vengaba de la persecucion despreciando á los perseguidores. Lasource iluminaba con el fuego de su ardiente imaginacion los abismos de la anarquía, consolándose al ver que al hundirse su partido se verificaba un hundimiento general de Europa. Su místico espíritu mostraba por todas partes el dedo de Dios señalando la ruina de la sociedad. Carra soñaba en nuevas combinaciones y en nuevas divisiones de países entre las potencias de Europa, designando sobre el globo la carta de la libertad y tomando las quimeras de su imaginacion por el genio del hombre de Estado. Fauchet se daba golpes de pecho delante de sus colegas, y se acusaba con un arrepentimiento sincero y firme de haber abandonado la fe de su juventud. Demostraba que sólo la religion podia guiar los pasos de la libertad, alegrándose de poder dar á su próxima muerte el carácter del doble martirio, el del sacerdote que se arrepiente, y el del republicano que persevera. Sillery callaba, porque encontraba el silencio más digno que las quejas, volviendo como Fauchet á las creencias y prácticas religiosas. Los dos se separaban con frecuencia de sus colegas para hablar aparte con un venerable sacerdote encerrado por su fe en la Conserjería. Este era el abate Emery, superior que habia sido de la congregacion de San Sulpicio, y de quien Fouquier-Tinville decia: «Le dejamos vivir, porque ahoga más quejas y más tumultos en las cárceles con su dulzura y con sus consejos que pudieran hacerlo los gendarmes y el miedo de la guillotina».

Ducos y Fonfrede, jóvenes en quienes la prision no podia enfriar el fuego de la



EL ABATE FAUCHET.



juventud y la verbosidad del Mediodía, jugaban con la muerte, escribían versos, afectaban la alegría de sus días serenos, y no encontraban gravedad ni se enternecían sino en las confidencias de su amistad y con el temor que cada uno de ellos manifestaba por la suerte del otro. Muchas veces se abrazaban y se daban las manos como para apoyarse contra la suerte. Ni el sentimiento de la fortuna inmensa y de la larga perspectiva de días dichosos que iban á dejar, ni los recuerdos de dos jóvenes amadas, cuya próxima viudez presentían, les hacían arrepentirse ni un momento, al ménos en la apariencia, del sacrificio que hacían de su vida en aras de la libertad.

Sin embargo, una vez Fonfrede, ocultándose de Ducos y hablando con el joven Riouffe, dejó escapar un torrente de lágrimas contenido hacía mucho tiempo, al recordar á su mujer y á sus hijos. Ducos lo notó, se le aproximó, é interrogándole con vivacidad, dijo con tono de tierna reconvención á su cuñado: «¿Qué tienes y qué es lo que me ocultas?» «Nada... es éste, que me habla y me enternece», — respondió Fonfrede señalando á Riouffe. Ducos no se engañó, sin embargo, sobre el llanto de Fonfrede. Los dos amigos se arrojaron en brazos uno de otro, ocultando sus lágrimas mutuamente.

Valazé veía aproximarse la muerte como la coronación del sacrificio que había hecho hacía tiempo de su vida por la patria. Sabía que las nuevas doctrinas crecen con la sangre de sus apóstoles, felicitándose interiormente de darles la suya. Tenía el fanatismo del sacrificio y la impaciencia del martirio. Sus facciones, radiantes de inmortalidad en aquellos calabozos, atestiguaban el gusto anticipado de una muerte que buscaba en lugar de huirla. «Valazé,—le decían sus compañeros de miseria,—para tí sería un castigo el que no te sentenciasen.» El se sonreía al oír estas palabras, como un hombre cuyo pensamiento ha sido adivinado. Algunas horas ántes de verse la causa, dió al joven Riouffe unas tijeras que tenía ocultas hasta entónces. «Ten,—le dijo con una ironía que Riouffe no entendió hasta despues;—dicen que ésta es un arma peligrosa, y temen que atentemos contra nuestros días.» El llevaba consigo un arma más segura, y este donativo no fué más que una chanza socrática dirigida á sus verdugos.

## X

Vergniaud no afectaba ni la alegría aturdida de sus jóvenes amigos Ducos y Fonfrede, ni la solemnidad de Lasource, ni el imprudente ardor por morir de Valazé, ni la preocupacion laboriosa de Brissot por justificar su memoria ante la posteridad. Sereno, grave, natural, risueño alguna vez, y pensativo las más, no escribió, y habló muy poco, pasando los días sin afán y sin remordimientos, en una ociosidad forzada que por otra parte no repugnaba mucho á su carácter. Así como el piloto separado del timon durante una tempestad, descansaba sobre cubierta en medio de las vacilaciones del bajel, cuyas maniobras no eran ya de su inspeccion. Sér fuerte, alma á quien su misma fuerza hacía á veces demasiado inmóvil, su espíritu profético, aunque perezoso, le dejaba poca sensibilidad para consigo mismo. Con una mirada ó con una palabra reasumía una situación sin conocerla en sus pormenores. Solo y taciturno, recostado sobre su cama ó paseando en el patio, ilustraba algunas veces la conversacion con uno de aquellos rasgos de elocuencia